

NUEVOS DESCUBRIMIENTOS ARQUEOLOGICOS EN LA PROVINCIA DE COQUIMBO

Por el señor F. L. CORNELY

En mi anterior artículo sobre un cementerio indígena en Compañía Baja, cerca de La Serena, (Boletín del Museo Nacional del año 1936) hice referencia a unos cráneos de paredes muy gruesas que había encontrado en uno de los grupos del cementerio y dije al respecto: "Estos cráneos se encontraron siempre en sepulturas en tierra (no en cistas de piedra) que generalmente no contenían alfarería, por lo que tenemos la impresión de que provenían de una raza inferior, subyugada por los Diaguitas y que quizás ha estado al servicio de ellos".

Mis últimas exploraciones y excavaciones en el valle de Elqui prueban la existencia de una raza inferior en cultura a los Diaguitas que ha vivido en el valle de Elqui y probablemente también en otros puntos de la provincia de Coquimbo. Si ha vivido antes de la aparición de los Diaguitas en estos territorios o si ha vivido simultáneamente con ellos, será difícil decir sin acumular mayores elementos de estudio. Por el estado de las osamentas que encontré en el cementerio cerca de El Molle, que paso a describir, parece que son más antiguas que la época Diaguita de la alfarería hermosa (anterior a la dominación incaica), pero posteriores a la época Diaguita de la alfarería, que D. Ricardo Latcham ha denominado arcaica.

Cerca de El Molle, pequeña población entre La Serena y Vicuña, encontré tres cementerios de esta raza, de cráneos de paredes gruesas y restos de otros en varios puntos del valle, además, una fortaleza de los mismos indios en la cumbre de un cerro a poca distancia de El Molle, que demuestra que estos indios tuvieron que defenderse de tribus enemigas, refugiándose en puntos estratégicos y fáciles de defender.

Paso a describir las características de uno de los cementerios que se encuentran cerca de El Molle, que es típico para los demás. Gracias a que está situado en tierras no rega-

das, estaba con sus señales visibles y, aunque ha sido hoyado en todas partes por buscadores de "entierros", estos no le hicieron gran daño, porque no llegaron a la profundidad suficiente, no tuvieron bastante paciencia para sacar unos seis o más metros cúbicos de tierra con piedras y cascajo y en los casos que llegaron a la profundidad suficiente no encontraron nada, porque los ajuares funerarios de estos indios eran muy insignificantes; muchas veces no tenían nada, algunos contenían sólo una tembetá u otro objeto pequeño, que fácilmente pasa desapercibido.

El cementerio se encuentra en una suave falda del terreno, que nace de los cerros altos que circundan el valle por el lado norte, cerca de las casas de la Hacienda El Molle. De lejos se ve una gran cantidad de piedras blancas de río que se destacan del fondo oscuro de la tierra. Estas piedras blancas, del tamaño medio de un puño de hombre, forman bandas circulares de unos 50 cm. de ancho, por un diámetro de 4 a 6 metros. En el centro de esta banda circular hay generalmente un núcleo de piedras blancas, todas enterradas hasta la mitad en el suelo —y diseminadas en varias partes unas piedras más grandes, de color rojo—; estas son las señales visibles del cementerio.

Encontramos siempre debajo de la banda circular, restos de personas adultas, y hacia el centro, los osamentos de niños. Eran verdaderas sepulturas de familia. Los hoyos estaban rellenos en su mayor parte con piedras de río, entremezcladas con tierra. Las piedras han sido traídas expreso desde el lecho del río, porque no las hay en los alrededores, ni en el subsuelo, pues el piso natural es de tierra y de cascajo de las rocas eflorescentes, que se han desprendido de los cerros.

Las sepulturas de los adultos tienen una profundidad de 1,60 hasta 2 metros. Parece que había relación entre la estatura del difunto y la profundidad de su sepultura. En el fondo y a veces en capas superiores habían piedras planas de río de 50 a 70 cm. de diámetro, que en algunos casos parecen haber servido para tapan las comidas que pusieron al muerto en la sepultura, en otros casos formaron una verdadera cubierta sobre el cadáver. En una de las sepulturas encontramos tres capas de estas piedras. La gran cantidad de piedras de río empleada por estos indios para sepultar a sus muertos pesaba a menudo varias toneladas.

Los huesos ya estaban en muy mal estado, fáciles de deshacer entre los dedos, por eso ha sido imposible sacar un cráneo completo, por cuanto se quebraban todos en varios

pedazos. Los cráneos tienen una característica muy particular: la de ser de paredes muy gruesas cuyo espesor fluctúa entre 7 y 10 mm.

Los objetos en las sepulturas demuestran que esta raza estaba en un nivel cultural muy inferior al de los Diaguitas. No encontramos alfarería pintada o decorada.

Parece que la alfarería pasaba por sus primeras etapas y era escasa, en unas sesenta sepulturas que excavamos encontramos un total de 10 piezas de alfarería, que se encuentran hoy en el Museo Nacional de Historia Natural, con los demás objetos hallados de esta cultura.

Son todos recipientes y cantaritos altos de forma simétrica, sin asas y de fondos planos; esas características la distinguen desde luego de la alfarería Diaguita que se encuentra en el valle.

Dos piezas, Fig. 1 y 2 de color negro, tienen un pulimento bastante acabado. Tres piezas, Fig. 3, 7 y 8 son de un color gris piedra color homogéneo de la greda. El cantarito de la Fig. 7 tiene alrededor del cuello una ranura finita con un ojete en un lado, como para pasar un hilo para suspenderlo. Las piezas signadas con los números 5, 9, 10 y 11 son de color negro y se conoce su uso para calentar al fuego porque tienen evidentes señales de tizne.

Por fin, las dos piezas signadas con los números 1 y 12 son de color rojizo. La pieza representada en Fig. 12 tiene la forma de una bolsa y es la única que no tiene el fondo completamente plano. La pieza N.º 6 tiene una perforación redonda en medio del fondo.

Fuera de la alfarería hemos encontrado en las sepulturas un total de 16 tembetás de diferentes tipos, algunos aros de cobre en forma de placas rectangulares, 2 brazaletas de cobre y un anillo del mismo metal.

Las tembetás son de dos tipos principales: largas, que sobresalían hasta seis o siete centímetros del labio inferior, y cortas, que aparecían sólo como un botón al exterior del labio. En estas dos categorías hay varias diferenciaciones. El tipo largo se parece mucho a las tembetás descritas por D. Ricardo E. Latham en la Revista de Historia Natural, Año XXXI, 1927. Algunas son de piedra vetada transparente de un color grisáceo-verdoso, otras blancas o rojizas. Tienen forma cilíndrica, más gruesa en la base, de la cual salen dos alitas suavemente arqueadas como para adaptarse a las encías. En algunas, la parte cilíndrica, más gruesa en la base, que sobresale de los labios, está suavemente arqueada hacia arriba, en otras es completamente recta.

El otro tipo de tembetá también se encuentra en diferentes clases de piedra, de la placa base que se adapta a las encías, sale una parte cilíndrica, que no tiene mayor grueso que el labio. Esta parte cilíndrica es a veces cónica, más gruesa en la base, otras veces termina en un disco cuyo plano es ligeramente cóncavo.

La frecuencia con que encontramos tembetás en las sepulturas de esta cultura indica que su uso ha sido muy difundido entre esta tribu. En cambio, en centenares de sepulturas Diaguitas que hemos tenido ocasión de examinar, no hemos encontrado nunca una tembetá, lo que nos inclina a creer, que este artefacto no era de uso entre los Diaguitas y posiblemente los ejemplares que se encuentran en colecciones son de la cultura cuyos cementerios hemos encontrado en El Molle.

Los objetos de cobre encontrados en las sepulturas demuestran que también la elaboración de este metal estaba en sus comienzos. En una de las sepulturas encontramos un pedazo de cobre nativo. Posiblemente les ha servido para sus labores. No sabemos si este metal se encuentra en esta región en estado nativo o si lo habrán traído de otra parte. Los artefactos son de lo más sencillos, los brazaletes y anillos son sencillamente fajas de cobre dobladas en la forma requerida y abiertas entre las puntas, algo redondeadas.

Los aros son placas rectangulares con una pequeña perforación en la parte superior para suspenderlos, el grosor de estos es apenas de un milímetro, en algunas hay principios de una decoración, teniendo 2 hileras de puntos pujados en la parte superior y otros en la parte inferior.

En una de las sepulturas encontramos a una profundidad de dos metros una hermosa cachimba o pipa de piedra jaspeada, negro-gris-verdoso. Su forma es igual a otras cachimbas de la cultura Diaguita que hemos encontrado en ValLENAR y Copiapó, sólo que éstas eran de piedra blanca. Del depósito, que es un poco cónico, más ancho en su base, salen en dirección opuesta dos brazos cilíndricos, igualmente un poco cónicos, de los cuales uno está perforado, desembocando en el depósito y el otro ciego, sirviendo para sostener la cachimba. Las dimensiones de esta cachimba son: alto del depósito desde la base 38 mm. largo total de la cachimba 152 mm.

Otro hallazgo interesante constituye una pequeña batea de piedra de río plana que tiene una forma ovalada, algo asimétrica. En la superficie se ha labrado una concavidad como en las piedras de moler y está pintada en parte, divi-

diéndola en dos campos: uno de color rojo y el otro de color natural de la piedra. La división es a lo largo, pero no exactamente por la mitad, sino un poco diagonal, abarcando la parte pintada más o menos la tercera parte del total. Las dimensiones de la piedra son: largo: 12 cm., ancho: 9.5 cm. El grosor es desigual y fluctúa entre 26 y 36 mm. La mayor hondura de la concavidad es de 15 mm.

Me falta describir una sepultura, que por su ajuar difiere de las demás. Estaba en un cementerio de esta raza, cuyos restos encontramos a unos 6 km. al Poniente del Molle en la Hacienda Calera. La sepultura contenía osamentos de adultos a una profundidad de 1.80 más o menos. Al parecer eran tres de mujer y uno de hombre. Uno de los osamentos de mujer tenía un collar de discos finos de una masa calcácea, alternados con algunos discos más grandes de color verde y de una piedra verdosa perforada, que servía de centro. Con todo cuidado sacamos unos 1,500 de estos discos de la tierra, muchos de ellos ya estaban quebrados por la acción del tiempo. Este collar, ensartado nuevamente en un hilo, tiene actualmente 1.75 m. de largo y estaba todo enrollado en la parte de cuello. En esta misma parte encontramos 2 pequeños aros, placas rectangulares, y en el brazo, puesto un brzalete de cobre. Las otras dos mujeres no tenían nada. Al lado del cráneo masculino encontramos una hermosa tembetá, la más grande que hemos hallado en estas excavaciones. Es de piedra rojiza, algo transparente, hacia la punta el color es más amarillento y es arqueada hacia arriba. Esta tembetá mide desde su base algo más de 8 cm.

Fuera de los aros de cobre hemos encontrado en varias ocasiones aros de concha, también pequeñas placas de piedra vetada-verdosa, que deben haber sido adornos femeninos.

En la mayoría de las sepulturas hemos encontrado caracoles y huesitos de pequeños pájaros, que posiblemente han formado parte de sus comidas.

No hemos encontrado puntas de lanza o de flecha, ni en las sepulturas ni en los alrededores de los cementerios, y es probable que las armas de esta tribu eran piedras, quizás lanzadas con hondas, y otras de madera, mientras los indios Diaguitas chilenos tenían lanzas y flechas con puntas de piedra muy bien labrados. Es muy probable que estas dos razas se han combatido y los Diaguitas con sus mejores elementos de guerrear terminaron por subyugar y desplazar a sus enemigos. Así se explicaría la presencia de cráneos de paredes gruesas en algunos cementerios de los indios Diaguitas.

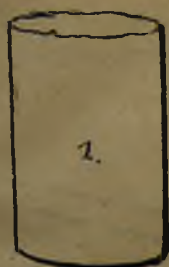
Lo dicho parece confirmarse con el hallazgo de una fortaleza, que ha pertenecido a esta raza de cráneos de paredes gruesos, la que se encuentra en la cima de un cerro a pocos kilómetros de El Molle.

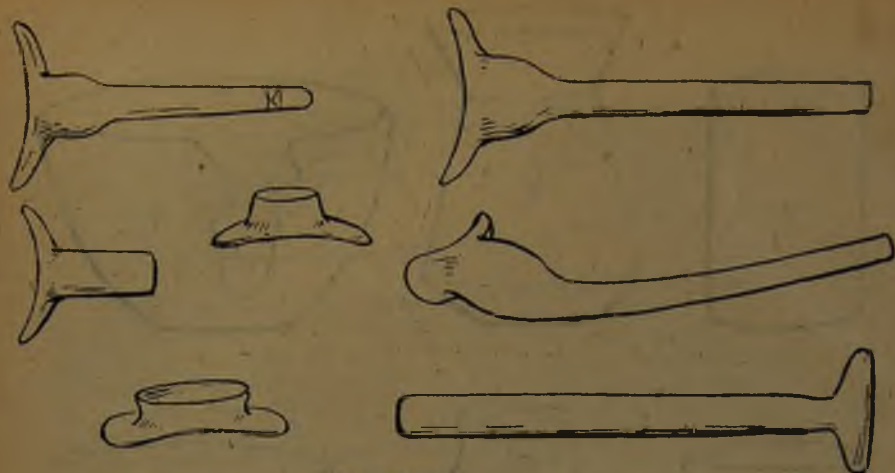
Fortaleza indígena en el Valle de Elqui

Frente al Fundo Maitenes, entre El Molle y Almendral, en lo alto de uno de los cerros de la ribera Sur del río Elqui hay una saliente de rocas abruptas, casi perpendiculares, de considerable altura que parecen una verdadera atalaya; en su cima hay una plataforma amplia para contener un regular número de familias con su ganado. Este punto estratégico que domina el valle por ambos lados en una extensión de más de 15 kilómetros lo habrían elegido los indios para un refugio fortificado.

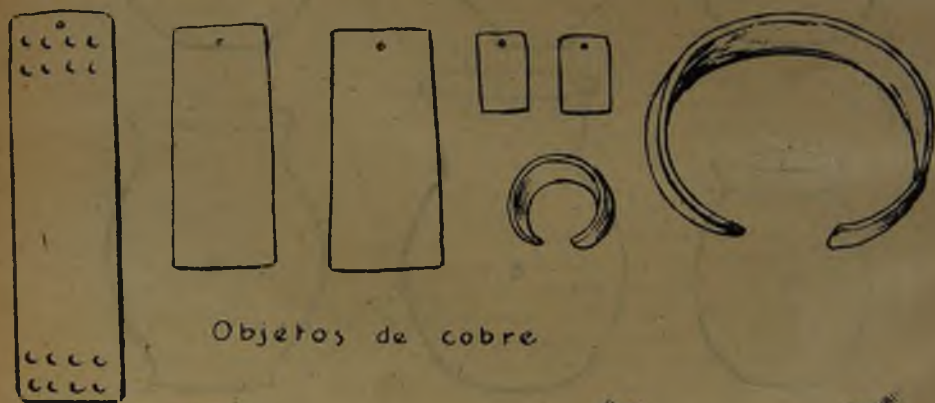
La ascensión hasta este lugar es bastante penosa. Tuvi- mos conocimiento de él por cuidadores de cabras, a quienes les había llamado la atención las figuras de piedras de río, que marcaban algunas sepulturas en el recinto de la fortaleza. También creyeron que se trataba de onzas enterradas y por eso encontramos también aquí algunos hoyos.

La fortaleza es inaccesible por tres lados por obra de la naturaleza. Rocas de cien metros de alto hacen imposible la ascensión por esos lados, sólo por la parte en que está unido con el macizo del cerro era vulnerable, pero también aquí hay una defensa natural y otra artificial: una quebrada de varios metros de profundidad la divide del cerro y en el borde una gran pirca de piedras hecha por los indios. En el recinto mismo de la fortaleza existen unas seis o siete sepulturas con sus marcos de piedras de río, que no dejan duda de que esta fortaleza perteneció a los mismos indios de cráneos gruesos y posiblemente son de guerreros muertos durante algún sitio. No hemos podido examinarlos bien por no haber llevado herramientas, ya que el suelo era muy duro.





Tembetas



Objetos de cobre



Disco de piedra



Parte central del collar



Cachimba de piedra.